

BOLETIN

DE MEDICINA, CIRUJIA Y FARMACIA.

Se publica todos los jueves, y se suscribe en Madrid en el despacho de la imprenta Real, y en todas las Administraciones de correos de la península e islas adyacentes. El precio de la suscripción en Madrid será de 20 rs. por trimestre, 38 por semestre, y 74 por año; llevado á las casas de los suscriptores, y en las provincias, franco de porte, 26 rs. por trimestre, 50 por semestre, y 96 por año. La redacción se halla en el despacho de la Imprenta Real, á donde se dirigirán todos los avisos, comunicados y reclamaciones; teniendo entendido que no serán admitidos sino francos de porte. Como la redacción es responsable de cuanto publique, se hace necesario que los artículos comunicados vengan firmados (aunque si se pide por el interesado no se publicará la firma); y que sean remitidos por el conducto de personas conocidas en esta corte los que por su naturaleza exijan mayores garantías.

RESUMEN.

MEDICINA. Conclusion del artículo segundo sobre el contagio del cólera. — De los malos efectos del alimento animal concedido en la convalecencia. — **CORRESPONDENCIA.** Comunicados diversos que contienen interesantes observaciones sobre el cólera. — **ANATOMIA PATOLÓGICA.** Autopsia razonada del cadáver del Emperador D. Pedro, por el Dr. Tavares, Médico de Cámara de S. M. I. — Estado sanitario de Madrid.

MEDICINA.

SOBRE EL CONTAGIO DEL COLERA.

(Conclusion del artículo 2.º)

Del informe dado por el Doctor James-Jameson al consejo médico de Calcuta aparece, que de 253 médicos empleados durante la epidemia, tres solos se vieron acometidos del mal, habiendo fallecido uno solo de ellos, y en fin, para qué molestar á nuestros lectores con repeticiones enfadosas, en todas partes ha sido tan corto el número de profesores y asistentes invadidos del mal, á pesar de su mayor esposicion, que puede decirse que es insignificante aun comparado con la suma total de esta clase.

No ha faltado quien, no pudiendo desconocer un hecho tan palpable, ha intentado destruir su valor en contra del contagio, suponiendo que los profesores han debido su salvacion á las precauciones y medios preservativos que ponian en práctica; pero los hechos desmienten semejante hipótesis, pues es sabido que en todas partes la mayoría no ha usado ni podido usar la menor precaucion, y que al reves, si ha habido entre los profesores algunas víctimas del mal, lo han sido regularmente los cobardes que buscaban medios de preservarse. Además, aunque se quisiesen emplear

medios de precaverse, ¿cuáles podrán designarse racionalmente contra esta enfermedad?

Se ha dicho tambien que no es en los hospitales donde se adquiere mas facilmente el contagio, porque en general su construccion, medios de ventilacion, aseo &c., son una garantía contra los males contagiosos, y que además el hábito de sufrir las emanaciones, la tranquilidad moral de los profesores acostumbrados á ver enfermedad, y la muerte con quien parece se familiarizan, son particularidades que obran como una especie de vacuna que imprime una modificacion particular, constante aunque desconocida, en el sistema absorbente, que le impide ceder á la accion de los miasmas contagiosos. No deja de ser ingenua en efecto la esplicacion, pero no puede admitirse de un modo absoluto, cuando habla en contra la esperiencia y el raciocinio. En primer lugar, que hablando generalmente no existe en los hospitales ese aseo, esa exactitud, esa construccion tan esmerada que se cita; podrá muy bien hallarse en alguno esa reunion de apreciables condiciones; pero hablando imparcialmente ¿se encuentran en la mayor parte de estas casas de caridad? que contesten los profesores que estuvieron en Varsovia.

Mas aun cuando en efecto existieran estas y las demas condiciones que se pretenden, de nada servirían para esplicar el hecho de afectarse un corto número de profesores en la epidemia cólerica, pues que con esas mismas contraen otras enfermedades verdaderamente contagiosas una gran parte de profesores y asistentes empleados en el socorro de los enfermos aun á pesar de emplearse infinitos medios profilácticos conocidos, el que quiera convencerse de esta verdad, que examine la historia de nuestras epidemias y contagios, y verá hasta dónde puede contarse con el efecto preservativo de las indicadas condiciones.

Se dice en apoyo de la propagacion por contagio: que esta enfermedad se ha diseminado en todas las estaciones, en todos los climas y bajo todas latitudes; que se ha observado en infinidad de puntos en donde se puede señalar una cadena de comunicacion sucesiva que ha seguido las vias fluviales y las relaciones mercantiles; y que se ha desaro-

llado no simultaneamente, sino en progresion sucesiva, lenta y paulatinamente. Nosotros contestaremos á estas reflexiones que no hay exactitud en el modo de espresar la mayor parte de las ideas, pues prescindiendo de la impropiedad con que se usa el verbo *diseminar*, que envuelve y da por cierta la cualidad del mal que se intenta probar, es evidente que aunque se haya observado el mal en pueblos que se hallen en la línea de comunicacion con otros que le padezcan, no es precision absoluta que lo hayan adquirido por contagio, pues muy bien pueda ser y es mas racional creer, como más adelante probaremos, que una causa epidémica sea la que lo ha producido, que no el contagio contra quien tantas razones militan, y esta asercion se halla corroborada por la observacion, que ha enseñado que la enfermedad ha aparecido en puntos distantes de tales líneas de comunicacion, en pueblos en donde ni aun podia sospecharse la menor relacion con otros que sufriesen el mal, y en personas que ni aun el menor recelo de contacto con coléricos, ni con sus efectos podian ofrecer; no siendo menos cierto además que infinitos pueblos que se hallaban y se hallan en tales líneas de comunicacion, y sus habitantes con un contacto directo con los de otros afligidos del mal se han librado, no han padecido la menor alteracion que pueda atribuirse á semejante contagio.

En cuanto á que el cólera se desarrolla progresivamente, poco á poco, no atacando á muchos individuos á la vez, podrá haber sido cierto respecto de algunos parajes; pero en general ha sucedido y sucede lo contrario. Para convencerse de esta verdad bastará llamar la atencion de nuestros lectores hacia la mayor parte de los sitios en donde por desgracia se ha presentado tan fatal enfermedad. Respecto de la India, en Calcuta se la ha visto sacrificar 25,000 víctimas en solos seis dias; en Hurdwar inmediato al nacimiento del Ganges 20,000 en ocho; en Pondicheri, en Manila y en otros varios puntos, se ha observado el mas rápido desarrollo. En Varsovia se manifestó el cólera como hemos expuesto (núm. 16) simultáneamente en los hospitales militares, en los cuarteles bajos y húmedos y las casas poco elevadas, y finalmente para no molestar la atencion de nuestros lectores, diremos que infinitos pueblos de Rusia, Alemania, Prusia y Francia han ofrecido el desarrollo mas rápido y sorprendente.

El que el cólera aparezca en todas las estaciones hasta cierto punto es una prueba en favor de nuestra opinion, puesto que es indudable que todas ó la mayor parte de las enfermedades contagiosas prefieren ciertas estaciones y climas. Y sino ¿cuántas veces se ha visto reynar la fiebre amarilla en países y estaciones frias y traspasar los límites de la estacion calorosa? pocas ó ninguna ¿y no es evidente que la peste de Levante rara vez ataca á los climas frios y que apenas se la ha visto reinar en el rigor del Verano y mucho menos en el del Invierno? Y ¿no es raro ver reinar el sarampion durante el Verano y Otoño, así como la viruela en Invierno.

Que el cólera ha seguido las vías fluviales y las relaciones mercantiles: lo mismo puede decirse de esta reflexion que de la aparicion del cólera en los caminos. Esta observacion se ha visto fallida tantas veces que no merece citarse en apoyo del

contagio. Millares de pueblos podrian citarse que hallandose á las márgenes de los rios, y á la intermediacion de otros violentamente afligidos del mal, se han conservado en la salud mas pura; y el benemérito Dr. Drument refiere ejemplares de esta verdad. Y los saltos que da este mal dejando infinitad de poblaciones libres entre los puntos invadidos. ¿No son una prueba irrefragable contra semejante asercion? ¿Quién es capaz de marcar racionalmente y con fundamento el camino del cólera que se presentó, por ejemplo, en París? ¿Cómo explicar la conservacion de la salud en todos los puntos intermedios, bien sea desde las costas ó desde las fronteras continentales? Así, pues, creemos con Boisseau que seria mas á propósito decir que el desarrollo de esta enfermedad está favorecido por la reunion de todas las miserias sociales; que en ningún punto se hallan como en las grandes ciudades y en los caminos frecuentados. Y con respecto al supuesto movimiento progresivo de Oriente á Occidente de Mediodia á Norte, se puede justamente llamar movimiento? ¿se puede admitir un verdadero viaje de la enfermedad ó de su causa esencial inmediata? ¿y quién ha revelado que esta causa es específica como se pretende? Si es cierto, como no se puede dudar, que una causa real y desconocida solo es en verdad una creacion de la inteligencia, ó mas bien un ente imaginario, solo hay derecho para decir simplemente que se ignora por qué desde 1817 el cólera ha aparecido sucesivamente sobre ciertos puntos de Mediodia y de Oriente, en el Norte y en el Oeste. Esta confesion tiene la ventaja de no suponer nada, ni perjudicar: deja campo á cuanto se quiera discurrir. Nosotros nos ceñiremos á decir que la hipótesis de contagio no suple á esta ignorancia, y que no estando, como no lo está, probada la trasmision de individuo á individuo por ningun hecho convincente, ¿cuál es la razon para decidirse á admitir un transporte, una importacion? El contagio, pues, del cólera se reduce á una mera posibilidad, contra la que milita la observacion; añadamos que ni la analogía está en su favor. En efecto el cólera aparece sin inflamacion en la piel, sin exalacion, y mas bien con un frio sudor, las evacuaciones carecen de olor notable despues de la salida de las primeras materias, la enfermedad dura poco, las emanaciones no son abundantes ni repetidas; nada en fin persuade el contagio en esta enfermedad.

La consideracion de que los males epidémicos se desarrollan desapareciendo como por encanto con la estacion que los sostiene, lo que se supone no haber sucedido con el cólera, es otra prueba á nuestro favor. Hemos dicho y mas adelante lo confirmaremos que esta enfermedad se ha desarrollado repentinamente en infinitos parajes, y es inconcebible el que se quiera suponer la absoluta falta de relacion entre la calamidad que nos ocupa, y el influjo de la estacion, cuando en su cuna, en la misma India se la ha visto detenerse al fin de la Monzon Nord-este y renacer seis meses despues en la estacion favorable á su desarrollo (1). Igualmente en Europa hemos visto infinitas veces el influjo de la atmósfera en el desarrollo y recrudescencia del mal, así como tambien en su desapa-

(1) Mr. Gravier, observaciones publicadas en el periódico titulado *la France nouvelle*, París julio, 1831.



ricion y las memorias y periódicos abundan en ejemplares de esta verdad como demostraremos en su lugar.

La autoridad, que algunos han invocado, de hombres célebres en favor del contagio nada puede suponer en el día en que, prescindiendo de un corto número de profesores preocupados ó acaso maliciosamente empeñados en sostener su opinion, se ven en todas partes separarse de las ominosas filas contagistas á los que seducidos en otro tiempo de apariencias mal observadas abrazaran semejante partido, y en Petersbourg, en Pesth, en Viena, en Berlin, en Dantzick, Koenisberg &c. &c., hace largo tiempo que no se ven, como dice el Dr. Foy mas que arrepentidos; conversion honrosa que prueba sus talentos é imparcialidad, y les hace mas honor que un vergonzoso é infundado teson contra la razon y la justicia.

Finalmente, diremos con Boisseau, puede ser que el cólera sea contagioso: pero si en efecto es transmisible, solo deberá serlo en un corto número de casos, pues que aun no se ha podido asegurar de modo positivo. Todo pues tiende á hacer creer que el cólera es una enfermedad simplemente epidémica, pero no un contagio (1).

Hasta aquí hemos dirigido nuestros juicios por los hechos que nos han sido transmitidos; ahora empero podríamos proceder por los que nosotros mismos hemos observado sin el recelo de falsedad. Pero como cuantas noticias hemos adquirido, como cuantos datos hemos reunido no pueden hacer mas que corroborar lo ya demostrado: solo expondremos brevemente y sin comentarios algunos hechos que nos han parecido muy notables y de cuya veracidad nos atrevemos á responder.

La presentacion del cólera en esta corte se ha atribuido por algunos á las tropas del general Rodil, pero sin fundamentos, sin datos, y contra toda razon. Hemos sabido y averiguado con la mayor certeza, que en dicho ejército se conservaba la mas completa salud respecto del particular, y que únicamente enfermaron algunos soldados de males hijos de las fatigas de un viaje precipitado durante el cual, por muchas comodidades que se les proporcionasen, no podian prescindir de existir causas abonadas para trastornar su estado normal: si á esta observacion se agrega la certeza de que á 1.º de Junio ya se habia observado en esta poblacion algun caso de cólera; que la mayor parte de los pueblos á donde paró la tropa á las inmediaciones de esta corte se conservaron y conservan sanos; y finalmente que si alguno de los que los albergaron ha sufrido el mal se halla en la línea donde se sintió mas particularmente el efecto de la nube tormentosa del día 17 de Junio. ¿Quién podrá dudar de la falsedad de la trasmision del mal por semejante medio?

Uno de nosotros ha tratado una señorita de la mejor conducta moral é higiénica, que dominada del temor de contraer el mal se concretó á los alimentos mas sanos y en la cantidad mas moderada, absteniéndose de salir á la calle y no teniendo contacto con otras personas que las de la familia con quien habitaba, y á pesar de esta especie de incomunicación fue una de las primeras víctimas del cólera, que sucumbió á las 10 horas de

haberlo contraído. ¿Quién pudo, pues, trasmitir el mal á esta desgraciada?

Durante los aciagos días 15, 16 y 17 de Julio en que el mal aflijó con el mayor furor á los barrios altos del cuartel de Maravillas, obligados los profesores de aquellas inmediaciones, en particular uno de nosotros que habita á la proximidad de la plazuela de san Ildefonso punto acaso el que mas sufrió en toda la temporada, obligados á dispensar los benéficos auxilios de la medicina de noche y día, como es público; sin descanso, sin alimento, bañando sus manos en el frio sudor de los moribundos, sin poderse lavar, ya por no robar algunos momentos al consuelo de los desgraciados, ya por la falta de disposicion hija de la pobreza de algunos infelices, sin cuidarse de evitar su aliento, aproximando su oído y boca á las de los enfermos para poder oir sus expirantes palabras, con todos los elementos en fin para contraer el mal á haber sido contagioso, no tenemos noticia de ninguno que sucumbiese á la enfermedad.

Hemos visto igualmente á los reverendos tenientes de san Ildefonso desempeñar con el mayor celo y detencion su augusto y sagrado ministerio sin descanso, sin precaucion alguna; y ninguno de los cinco que se hallaban en el referido cargo, ninguno de los cuatro de san Marcos de los que uno cuenta 80 años de edad, ninguno de los que pertenecen á la matriz de san Martin ha padecido el cólera, ni aun ha sufrido ninguno de los males á que pudo haberles conducido su celosa caridad.

Ninguno de los empleados en conducir y en inhumar los restos mortales de los finados del cólera, ninguno de los sepultureros de la expresada parroquia ha tenido la menor novedad en su salud: igualmente tenemos noticia de no haber padecido novedad dos personas que están dedicadas á amortajar los cadáveres. En el hospital general no ha contraído el cólera ninguno de los profesores, practicantes ni mozos destinados á la asistencia de cólericos, y algunos del establecimiento que lo han padecido pertenecian á otras salas y no habian tenido contacto con los de la enfermedad fatal.

Hemos observado en varias casas que habiendo sido afectadas algunas amas de cria y madres que tenian hijos en lactacion, y á quienes se habia separado del pecho durante una gran parte del mal, no lo propagaron á los infantes, que se hallaban en las circunstancias mas favorables para haberlo contraído.

Hallándose en Vallecas doña María Francisca Cojo, viuda de D. Manuel Julian Pastor, contrajo el mal cuando se hallaba ya muy desarrollada la epidemia. Llevadas del amor entrañable que la profesaban sus tres hijas, la menor de 18 años, se pusieron con ella en cama para escitarla el calor. La estrechaban entre sus brazos, participaban de sus lágrimas, se bañaban con su sudor, confundian sus hálitos con los de su madre moribunda y permanecieron dándola pruebas de ternura hasta el postrimer instante. Murió esta madre querida, y estos admirables ejemplares del amor filial permanecieron en el pueblo y en la casa sin otra novedad que la mas inconsolable afliccion, que solo podia ser moderada por el dulce recuerdo de haber cumplido con su deber del modo mas terminante y extraordinario.

En Hortaleza, pueblo en donde como es pú-

(1) Mr. La Mare-Picquet, observaciones sobre el cólera morbo de la India, París 1811.

blico se lava la mayor parte de ropa de Madrid, no han tenido la menor novedad en toda la aciaga temporada, á pesar de no haber interrumpido su oficio, ni su comunicacion con los vecinos de esta Corte.

En Paracuellos, en donde en razon de su tráfico de paja no han cesado sus comunicaciones con esta Corte y pueblos inmediatos, no han tenido la menor novedad, á pesar de no ser el pueblo muy sano por su situacion, y de no haberse abstenido los naturales de ninguna clase de alimentos.

Hallándose el Real sitio de San Ildefonso defendido por el cordon y medidas sanitarias mas enérgicas, perfectamente vigilada su observancia y teniendo la mayor seguridad de no haber habido la menor transgresion, se presentó el cólera en dicho sitio, como todos sabemos, burlándose de los que osaron oponer á su pérfido influjo unas barreras cuyos perjuicios é inutilidad habia ya revelado la esperiencia en otras partes.

Igual resultado han tenido, por desgracia, los esmerados y ya escesivos cuidados de los barceloneses. No han bastado á evitar la funesta enfermedad á que con tal teson se propusieron resistir; presentose el fatal cólera al fin. Y ¿á quién podrán atribuir racionalmente su importacion?

Infinitos hechos é innumerables razones podíamos alegar aun en contra del contagio del cólera; hemos creído deber desempeñar el objeto que nos habíamos propuesto de un modo lato y profundo, empero ya es tiempo de abandonar esta cuestion que nos parece suficientemente dilucidada, y con cuya continuacion no haríamos mas que fastidiar á nuestros suscriptores: si existe alguna persona que no crea suficiente lo alegado en contra del cólera, si hay quien encuentre vacios que llenar, sepa que solo cedemos á la imperiosa necesidad de abandonar esta cuestion para dar lugar á otras no menos interesantes; que abundamos en materiales para continuarla siempre que sea necesario, y que estamos prontos á entrar en la lid contra los contagistas siempre que lo crean conveniente por el bien público; protestando que estamos dispuestos á sacrificar nuestras opiniones, á confesar nuestra nulidad ahora y siempre que puedan presentarnos pruebas y razones de su opinion, en confirmacion de que nuestro carácter es la franqueza, nuestra divisa la imparcialidad, y nuestro interes el de la humanidad. Entre tanto, enemigos implacables de esos atroces y bárbaros cordones sanitarios⁽¹⁾, de ese sistema de terrorismo, que por desgracia domina á algunos de nuestros comprofesores, á esas almas tan débiles para resistir á la fatal preocupacion que les domina, ó tan ilusas que no son capaces de concebir la fuerza de la verdad y la razon; entre tanto repetimos, no cesaremos de alabar la sabia y verdaderamente filantrópica disposicion del ilustrado gobierno que dignamente nos dirige, en contra de los cordones sanitarios, disposicion benéfica que ha arrebatado millares de víctimas al fatal cólera y merecido las mas tiernas pruebas de aprecio de toda nuestra España, y cuya publicacion han solemnizado torrentes de lágrimas de la mas espresiva gratitud y ternura de infinitos desgraciados condenados de antemano á una muerte inevitable, á perecer víctimas de las anteriores medidas sanitarias.

(1) Entiéndase que hablamos respecto del cólera.

De los malos efectos de un alimento animal concedido en la convalecencia.

Las observaciones siguientes del doctor Wardrop nos han parecido interesantes bajo diferentes aspectos. Ellas demostrarán que en Inglaterra, aunque en general no se haga caso del tubo digestivo de los enfermos, los buenos facultativos han reconocido como en Francia la necesidad que tienen los convalecientes de guardar dieta.

«He hablado á menudo de los peligrosos accidentes á que se exponen los enfermos que toman fuera de tiempo un alimento animal. Podría citar numerosos ejemplos, y no escasear las pruebas, ya de mugeres recién-paridas, ya de individuos recién-operados. El doctor Baillie, en su obra póstuma, ha anotado con brevedad estas circunstancias; jamas he visto, dice, recaída de calentura que no haya sido causada por la ingestion de un alimento animal....»

«Los efectos perniciosos del uso prematuro de este alimento han sido de los mas notables en un enfermo á quien yo habia hecho la operacion de la hernia. Un jóven en el mejor estado de salud tuvo una hernia estrangulada, que habia sido imposible reducir por ninguno de los medios usados. Yo lo ví muchas horas despues; la estrangulacion y la escesiva tirantez del tumor, la debilidad del pulso, asimismo que otras circunstancias me determinaron á proceder inmediatamente á la operacion. Despues de reducido el intestino no sobrevino accidente alguno, y el undécimo dia la herida iba aproximándose rápidamente á su curacion, cuando este jóven se atrevió á comer un pedacito de baca asada. Por la noche le sobrevino una calentura violenta, y un cirujano que fue llamado al instante le halló atacado de un dolor muy agudo, que partiendo de la herida, se esparcia por todo el abdomen. Se le hizo al instante una grande sangria. Inútil es referir todos los accidentes que sobrevinieron; basta manifestar que se pasaron seis semanas lo menos antes que el enfermo volviese al estado en que se hallaba antes de haber comido el pedacito de baca asada.

«La siguiente observacion hecha en un médico, y que en su tiempo excitó un grande interes, es tambien una prueba de los perniciosos efectos de un alimento animal.

«Un médico, disecando el cadaver de una muger muerta de una peritonitis puerperal, se picó el dedo; la herida se inflamó, y la irritacion se propagó por todos los vasos linfáticos del brazo. Sin embargo, las sangrias generales y la aplicacion de un número considerable de sanguijuelas triunfaron prontamente de estos accidentes. Esté jóven, ya convaleciente, percibió por casualidad el olor de carnes guisadas, y quiso probar un poco; comió solamente un poquito de carnero asado en las parrillas, pero al momento se sintió gravemente indispuesto y pasó una noche cruel. Al siguiente dia se extendió en el brazo una erisipela, y la recaída fue de tanta gravedad, que á pesar de las evacuaciones sanguíneas llevadas al mayor grado posible, su vida corrió gran peligro, y se pasaron muchas semanas antes que pudiese recobrar su salud.

«Un hombre de una edad avanzada, gordo y de un temperamento gotoso, habia sido operado de la catarata en un lado, despues de haber estado

preparado con cuidado varias semanas. La inflamacion consecutiva fue ligera, y la herida estaba curada cuando el dia octavo repetí yo la operacion en el otro ojo, á instancias del paciente. La inflamacion fue tambien pequena, y cuando todo parecia demostrar que la vista volveria á su antiguo ser, algunos dias despues de la segunda operacion el enfermo tomó un caldo de principios nutritivos. Pasadas algunas horas sobrevino calentura; los dos ojos experimentaron dolores, y se declaró allí una inflamacion tan violenta, que las sangrias mas copiosas, los purgantes, el mercurio, &c. no pudieron contener los progresos. Despues de algunos dias se manifestaron los sintomas mas terribles, y fueron vanos para combatirlos todos los medios conocidos. Las heridas de ambas corneas se ulceraron y dieron paso á los humores del ojo.

«Un jóven que habia sido casualmente herido de un balazo en la parte posterior de la cabeza y estaba ya convaleciente, quiso comer un poquito de carne y beber un vaso de vino. En la siguiente noche le sobrevino la calentura con los sintomas de inflamacion de cerebro, y falleció al cuarto dia.

«He hablado anteriormente de aquella muger, á quien Mr. Lawrenze habia operado un tumor enorme situado junto á la cadera y atribuí á la pérdida abundante de sangre la rápida cicatrizacion que se obtuvo. La paciente se marchó de Londres quince dias despues de haber sido operada; sin embargo el uso de un alimento animal retardó su curacion. En efecto esta muger, ocho ó diez dias despues de su operacion, hallándose sumamente débil y no habiendo tomado todavía mas que agua de habena, tomó una taza grande de caldo de baca. En poco tiempo se puso ardiente y agitada, su pulso se aceleró y sintió un dolor tan fuerte en la cabeza, que ademas de la administracion de un purgante activo, fue preciso aplicarla diez y ocho sanguijuelas; por la prontitud de cuya medida recobró pronto la salud.»

Mr. Wardrop refiere en conclusion, que habiendo visto en un hospital bien acondicionado hacer uso de la baca asada, manifestó su sorpresa, y se le contestó que los profesores se veian precisados á dar á sus convalecientes una cantidad pequena de alimento animal, por que la esperiencia les habia acreditado que si los enviaban á sus casas despues de una dieta severa, comian vorazmente con gran perjuicio de su salud.

(*Journal de medecine et de chirurgie pratiques*)

CORRESPONDENCIA.

Sres. Redactores del Boletín de medicina, cirugía y farmacia.

Muy Sres. míos: dirijo á VV., por si tienen á bien darlas lugar en su apreciable periódico, algunas de las observaciones á que ofreció ocasion la irrupcion del cólera morbo en esta villa. En ellas encontrarán confirmadas por nuevos hechos varias de las fundadas opiniones que han emitido, y que robusteciendo las ya anteriormente publicadas por otros observadores, ponen fuera de duda, que el cólera morbo asiático, sin dejar de ser favorecido por ciertas influencias locales, se subor-

dina en su desarrollo, curso y terminacion á las condiciones de la atmósfera, y bajo este respeto ofrece en alto grado la propiedad que mas caracteriza las enfermedades epidémicas.

A mediados de Junio próximo pasado, estando serena la atmósfera, bastante elevada la temperatura, y reinando casi continuamente los vientos de E., se empezaron á observar en esta villa con alguna frecuencia diarreas mas ó menos copiosas, con palidez y alteracion del semblante, síncope, leves calambres, y algunos otros síntomas no comunes á estas dolencias, que si bien eran insuficientes para caracterizar el cólera morbo, bastaban á inducir fundadas sospechas de que una nueva y nada benigna constitucion epidémica anunciaba su influjo. Habiendo bajado sensiblemente la temperatura á fines del mes con motivo de copiosas y continuadas lluvias, se redujo notablemente el número de aquellas dolencias; mas no bien volvió á elevarse y disipádose algun tanto la humedad de la tierra, se reprodujeron de nuevo, y de una manera aun mas grave. El tres de Julio aparecieron ya casos del cólera mas caracterizado y grave como consecuencia de estas diarreas, casos que continuaron observándose en el resto de aquella y en toda la siguiente semana: pero siempre limitados exclusivamente á los que trabajaban en las cañadas y parages que en los dias anteriores habian estado encharcados. Aumentábase la natural predisposicion que estos lugares determinan por el concurso de otras causas morbosas, como el calor del dia alternado de la frialdad y humedad de la noche, dormir al sereno, errores dietéticos, el uso de aguas impuras producidas por tempestades, y en algunos sitios la absorcion y deglucion de un polvo séptico é irritante que dió por resultado la descomposicion de varias sustancias orgánicas arrastradas por las corrientes, y que se levantaba y los ofendia en el acto de sus trabajos, y especialmente en el de la siega.

Tal era el estado de la salud de esta villa hácia mediados de Julio: la feroz epidemia limitaba su accion á ciertos y determinados sitios donde rehusaban ya sus trabajos los jornaleros, persuadidos de que en ellos únicamente podian contraerla. El 13 de este mes acaeció una tempestad de corta duracion pero acompañada de piedra y de horribles detonaciones; despues de ella se desarrolló ya la epidemia de un modo tan rápido y general como grave. Rara fue la persona que en los dias subsiguientes no sintiese alterada su salud por su influjo terrible; en la mayor parte se limitó á producir lasitud, sensacion dolorosa y como gravativa en la region epigástrica, y ardor urente y pasagero, que partiendo de esta region, se hacia sentir ya en la direccion del esófago ya por las diversas regiones del vientre; mas en gran número se pronunció el cólera morbo con sus caracteres mas señalados. Continuaron centuplicándose casi diariamente las invasiones, pero notándose alternativas, asi en el número como en la gravedad de los casos, siempre que hubo alguna alteracion en la atmósfera.

Desde el 1.º de Agosto empezó á disminuir la epidemia, y habiendo observado que las modificaciones eléctricas y barométricas que esperimentó la atmósfera por las lluvias del 10 y 11 del mismo mes, lejos de inducir un aumento en la gravedad y número de los casos del cólera, dió lugar á dolen-

cias comunes, tales como catarros inflamatorios agudos, anginas, pleuresias, intermitentes y otros males, no se vaciló ya un momento en anunciar á la Junta superior provincial de Sanidad que el cólera morbo epidémico terminaba su influjo. Desde esta fecha fueron con efecto muy raros los casos del cólera, *limitados exclusivamente á los que regresaban de nuevo á esta atmósfera*, y diversos en cuanto á su intensidad de los observados anteriormente, habiendo ya transcurrido mes y medio sin que se haya presentado ninguno.

Omito las reflexiones á que da lugar el precedente resumen histórico, pues es ya demasiado extenso este artículo para inserto en un periódico, mas séame lícito hacer notar que cuando no era aun bastante poderosa para hacer sentir su influjo la causa epidémica determinante del cólera, producía sus efectos solamente bajo ciertas influencias locales, ofreciéndose como endémico en algun modo, y que no se generalizó con los caracteres de epidemia, sin que experimentase antes la atmósfera notables modificaciones á las que en todo su curso parece haberse subordinado en esta villa.

Queda de VV. afectísimo compañero y servidor Q. B. S. M.—José Ramon Rodriguez.—Tarazona de la Mancha, 7 de Octubre de 1834.

Señores editores del boletín de medicina, cirugía y farmacia. Desde que vi el prospecto que Vds. se sirvieron comunicar, manifestando el plan de sus acertadas tareas, conocí que seria muy útil el suscribir al boletín que mencionaba, para tomar un conocimiento de sus científicas publicaciones. Tuve la satisfaccion de que el profesor de cirugía en esta villa, D. Anastasio Pastor, suscribiese á él, y con este motivo he leído todos los números que han salido hasta la presente; por lo mismo he visto cuanto conviene, relativo á la enfermedad que tanto tiempo aflige á nuestro reino, y sobre todo, la cuestion tan interesante del contagio ó no contagio del cólera.

En confirmacion del no contagio de la enfermedad reinante, tan sabiamente discutido en los números 14, 15, 16 y 18 de su apreciable periódico, remito á Vds. relacion del caso siguiente ocurrido en esta mi parroquia, para que de su noticia hagan el uso que les parezca.

El día 16 de Agosto próximo pasado, se presentó en esta villa, y en el meson de Quintín Cerrillo, D. Ildefonso García, natural de la Puebla de S. Salvador, el que repentinamente fue atacado del cólera: omito relacionar sus síntomas, porque fueron idénticos á los que Vds. se han servido manifestar en uno de sus números, en relacion á D. Juan Bautista Rossi, vecino de esa corte; el paciente venció su ataque, consiguiendo la reaccion á beneficio de los pronto y acertados recursos que le proporcionó el ya mencionado D. Anastasio Pastor.

De todo fui testigo ocular, lo primero por ser el primer caso ocurrido en esta villa, y lo segundo que por razon de mi ministerio tenia que hallarme en casi todos los que fuesen sucediendo, y por esta razon traté de observar mas de cerca que otros los síntomas de tan cruel azote, sin perder de vista que era preciso manifestar á los circunstantes que el cólera no era contagioso (pues siempre habia sido esa mi opinion); lo cierto fue,

Sres. editores, que el terror que habia sobrecogido á muchos, propio de tan alarmante enfermedad, desapareció como por encanto, y en términos tales que se presentó en la misma posada un pasiego con una lonja, tendió sus sogas y colgó en ellas cuanto de venta tenia: el colérico estaba en el mismo portal en un cuarto, ¡esto es lo particular! Casi todas las mugeres del pueblo se presentaron á la lonja de pañuelos y percales, no hubo una que no viese y hablase al colérico Garcia, y hoy es el día que no hemos visto otro caso en el pueblo, pues todos sus vecinos disfrutan de cabal salud; lo que me confirma mas y mas en union con D. Anastasio Pastor, que el cólera reinante de ningun modo es contagioso: ¡Ojalá que todos se convencieran de esta verdad, pues no habria tantas víctimas!

Dios guarde á Vmds. muchos años como lo desea su mas afectuoso Capellan Q. B. S. M.—Alberca y octubre 10 de 1834.—Mariano Baquero.

ANATOMÍA PATOLOGÍA.

Se nos remite desde Lisboa la siguiente autopsia razonada del cadáver del célebre emperador D. Pedro de Braganza, que publicamos porque, ademas de ser un hecho interesante en Patología, las circunstancias en que nos hallamos le dan tambien nuevo interés. Desde luego se echa de ver que el médico que le publica tiene el objeto de poner su responsabilidad moral á cubierto de los ataques, que el espíritu de partido, la malediciencia y la ignorancia suelen dirigir á la medicina y á sus profesores en casos de esta trascendencia. Por mas despreciables que á primera vista aparezcan semejantes inculpaciones, siempre es un deber del médico dar razon de su conducta, cuando se trata de la salud y de la vida de personas á cuya existencia suelen estar ligados los mas grandes intereses y acaso la suerte de la generacion presente y de las venideras.

Para obedecer á una voluntad superior escribo algunas reflexiones sobre las causas que determinaron el largo padecimiento, cuya gravedad puso término á la gloriosa vida del muy alto y poderoso Príncipe el Sr. D. Pedro Alcántara, duque de Braganza. Procuraré referir á estas mismas causas, cuanto la verdad y mis conocimientos médicos permitan, las alteraciones halladas en el augusto cadáver en el momento de su autopsia.

Hipertrofia del grande lóbulo del hígado, y de color mas obscuro que en el estado natural.

Hace mas de 14 años que S. M. I. sufrió ataques de inflamacion de hígado; habiendo sido tratada en su principio esta afeccion con un método perturbador, perjudicial al augusto enfermo, como violentas embrocaciones frias, y un uso excesivo del purgante de *Le-Roy*. Despues de esta época se emplearon contra esta dolencia bien dirigidos cuidados médicos, principalmente durante sus exacerbaciones; pero á pesar de todo, la enfermedad se reproducia, y puede decirse que la molestia del hígado fue el primer eslabon de la cadena morbosa. En algunas ocasiones (como sucedió en Oporto), se elevaba mucho esta inflamacion, y solo despues de un método antiflogístico regular cedía la calentura, la elevacion y dolor en el hipocondrio derecho, y la posturacion que la enfermedad ocasionaba. Repetidos muchas veces estos ataques.... ¿qué mucho que se hallase en la autopsia el hígado hinchado y alterado

en su sustancia y color? Con todo, no fue esta la causa esencial de la funesta terminacion. S. M. I. sufrió por mucho tiempo una afeccion cutánea, que hizo desaparecer subitamente, sin que después tomase ninguna de las precauciones acostumbradas en tales casos, y todos saben cuán sérias son las consecuencias de semejante supresion.

Bazo muy reblandecido, en términos que casi se deshacía.

No habiendo S. M. I. padecido nunca, al menos que yo sépa, calenturas intermitentes, ni habiéndose presentado en ningún tiempo síntomas de inflamacion de esta entraña.... ¿á qué puede atribuirse una alteracion tan profunda, y que por sí sola bastaba para comprometer poderosamente la vida? ¿Acaso las constantes pasiones de ánimo deprimentes, haciéndose sentir en el centro frénico, y concentrándose allí la affluencia de la sangre, y llevada esta impetuosamente por los vasos breves al bazo, pudieron afectar á este órgano de tal suerte que le condujesen á un estado tal de reblandecimiento? Como es natural en el hombre el deseo de explicarlo todo, yo me inclino á que esta fuese la causa de tal desorden, sin que por eso juzgue haber dado una idea exacta de ella, y confesando mi falta en este caso, solo me queda el sentimiento de que durante la vida no se haya hecho sospechar por señal alguna desorganizacion tan intensa, tan peligrosa, y que tan tenazmente acostumbra á rebelarse contra los socorros médicos.

Hidrotorax del saco pleurítico derecho, que contenía dos libras y media de un líquido turbio y sanguinolento. La cavidad izquierda nada contenía de líquido, pero estaban adheridas la pleura costal y la pulmonar en una grande extension, y mucho mas subidas de color. El pulmón izquierdo adherente á la pleura costal en una grande extension y friable: cortado su parenquima, no crepitaba, ni en la mayor parte de su textura habia apariencia de vesículas; solo una pequeña porcion superior de este órgano era permeable al aire, y sobrenadaba en el agua, en tanto que lo restante de él se precipitaba al fondo.

He aquí la causa principal y eficiente de tan sentida como prematura muerte. Conviene advertir en esta ocasion que hace doce ó trece años que S. M. I. dió una gran caída en la que se fracturó dos costillas; y el mismo Sr. repetía muchas veces que contaba sufridas 36 grandes caídas durante su vida. En 1831 ocurrieron los motivos que le movieron á abdicar el imperio del Brasil; en fines del mismo año empezaron los trabajos de la expedicion portuguesa, y desde julio de 1832, ¿quién ignora los violentos esfuerzos, las profundas afecciones morales, y las privaciones sufridas por S. M. I. durante el sitio de Oporto? Peligros personales, ansiedades en el mando, y violentas contrariedades políticas hicieron sobresalir por la primera vez las alarmantes señales de esta tan grave afeccion. S. M. I. padeció en Oporto repetidas inflamaciones pulmonales, fatiga, dificultad de respirar, sobresaltos al acostarse, y algunas veces hinchazon de pies, síntomas todos que debieron hacer presumir el mal existente. Después de llegado á Lisboa, nuevos trabajos, nueva ansiedad, y nuevos combates con el enemigo y consigo mismo desenvolvieron mas y mas en el augusto enfermo el germen de su mortífero mal. En el mes de Noviembre último, al pasar á Almeida, S. M. I. se constipó; tuvo una bronquitis fuerte con calentura y falta de respiracion, y

antes de acabar de conyalecer, la necesidad le obligó á hacer un viage á Cartaxo. Nuevo catarro con exacerbacion de síntomas y entre ellos algunos esputos sanguinolentos. Hacia fin de Diciembre y cuando todavía se estaba curando, imperiosa precision de volver á Cartaxo, y allí sufrió S. M. I. por la primera vez un ataque de sofocacion, simulando un asma y con gran cantidad de expectoracion sanguinea. Alarmado yo entonces con el incremento de la enfermedad, pedí á S. M. I. que nos volviésemos á esta ciudad con el fin de hacer una consulta, que en efecto se verificó, y desde entonces hasta el funesto acontecimiento, no dejaron los facultativos llamados en esta ocasion de ver, asistir y dirigir conmigo al augusto enfermo. Repetidos fueron después los viages á Cartaxo, y repetidos tambien los ataques; por lo que se emprendió el método curativo que se creyó oportuno, y S. M. I. mudó de aire, pero aunque con leve disminucion, continuaron los ataques. Hízose una medicacion mas activa, y S. M. I. pudo lograr desde 1.º de Julio hasta 2 de Agosto del presente año la cesacion de sus ataques acostumbrados. El Padre de la patria, el libertador de Portugal habia prometido á los habitantes de Oporto la gloria de ver entre ellos á nuestra excelsa Reina, y luego que el Reino se halló libre de la usurpadora opresion, S. M. I. se creyó obligado á la rigurosa observancia de su palabra; y á pesar de conocer bien su estado valetudinario, á pesar de nuestras repetidas representaciones, se decidió á marchar, y entonces fue forzoso ceder. Para tal decision convoqué yo mas de una vez á junta, que entonces era ya de tres médicos: todos convenimos en los inconvenientes que tal viage debía tener, y para disminuirlos, ya que se decidió que se hiciese en barco de vapor, aconsejamos que al menos este fuese producido por carbon de leña; pero no se pudo conseguir esta variacion del comandante del barco. Todos sabem que en lugar de 24 horas tardamos 48, y ninguno ignora que al fin del viage aparecieron en S. M. I. los primeros síntomas de recaída. Emociones muy gratas y algunas penosas, ejercicio excesivo y continuado, mudanzas en el régimen, respiracion de un aire azufrado por las salvas y funciones de pólvora, condujeron á S. M. I. á un nuevo ataque formal en la noche del 2 de Agosto. Llegamos á esta ciudad el 7, y apenas entramos en palacio convoqué nueva junta. El augusto enfermo conservaba grande confianza en las aguas de Caldas de la Reina; instaba por ir á usarias en el lugar de su nacimiento, y yo lo propuse á los médicos reunidos. Todos temíamos los efectos de un aire cargado de gases sulfurosas en un pulmón tan intensamente atacado; pero nos vimos en la necesidad de ceder á la voluntad imperial, porque no era prudente aflijir por entonces con violentas contrariedades al augusto personaje ya tan afectado. El dia 17 de agosto repitióse la conferencia, y se confirmó lo decidido en la anterior, siendo yo encargado de la honra de acompañar á SS. MM. F. é II. Injustas acusaciones, que ni al informados ó peor intencionados han hecho pesar sobre mí, me arrancan de mi silencio y justo dolor, y me deciden á publicar la verdad. S. M. I. tomó la resolucion de ir á Caldas de la Reina por voluntad propia, y por consentimiento unánime de los doctores Baron de Inhomerim, Francisco José de Almeida, Francisco Soares Franco, y por el mio. Que el pú-

blico tan sensiblemente afligido por la deplorable catástrofe se convenza, de que el excelso enfermo llevada, adonde quiera que fuese, el nefando mal que padecía: que no fue medio cuartillo de agua de Caldas bebido por tres veces, ni un baño de once minutos, y en casa particular, lo que agravó tan considerablemente la enfermedad, y que yo que consultaba con mis colegas desde el mes de Enero sobre el estado de S. M. I., no decidiera jamás un viaje por mí solo, sin oírlos antes y oírlos por mas de una vez. Esta es la exposicion de la pura verdad, en cuyo favor invoco el testimonio de las augustas personas, de los empleados de la casa Real, y á la ingenuidad general.

No habiéndolo pasado bien S. M. I. en Caldas, volvimos á la Corte el 25, y cuando llegamos al Palacio ya hallamos á los médicos convidados á nueva conferencia. Desde entonces hasta el momento final se verificaron estas conferencias casi todos los dias, y á ellas asistieron otros dos facultativos mas: las actas de estas conferencias paran en mi poder. Desde esta época, ademas de algunas causas morales, el progreso físico de un mal tan grave fue aumentando los horribles padecimientos que al fin causaron la tremenda catástrofe.

Por los fenómenos citados y por la marcha de la enfermedad es facil explicar la cantidad de líquido hallado en la pleura derecha del augusto cadaver, y los estragos que presentaba el pulmon izquierdo. Uno de los pulmones no podia recibir el aire por hallarse todo hepatizado, y el otro no podia dilatarse por la compresion del líquido existente en su cavidad. Es claro que tales fenómenos patológicos son el resultado de un trabajo anormal, comenzado desde mucho tiempo antes, y agravado por tantas y tan repetidas causas morales y físicas, ya predisponentes, ya determinantes.

Corazon un poco mayor que en el estado normal, flácido y descolorido, con alguna adherencia en su parte posterior, las válvulas estaban en su estado natural; la necesidad de conservar íntegro el corazon, impidió todo ulterior examen.

La dificultad que por tan largos años oponia necesariamente á la circulacion el infarto del hígado y el retardo forzado é indispensable que causaba en la circulacion pulmonal el estado poco permeable y la compresion de los mismos pulmones, redoblando el trabajo y esfuerzos del corazon oprimido por tanto tiempo, debian dilatarlo, causar modificaciones en su estructura, alterar sus funciones, y por último, de simple pasivo, hacer de él una causa activa para agravar el mal y reducirlo á la eficacia de un órgano dañado en sus funciones, ocasionando consecuencias muy graves y aun mortales. De la falta de regularidad en la espiracion pulmonal, del obstáculo á la circulacion linfática por el acúmulo de serosidad en el pecho y de la tumultuosa é incompleta funcion del corazon, que se manifestaba por las frecuentes palpitaciones que acometian al augusto enfermo, se originó la hinchazon considerable é invencible que se apoderó de las estremidades inferiores y superiores en los últimos momentos de la enfermedad. El corazon no fue examinado; pero yo recelo que existiesen en él y en los grandes vasos que de él parten otras alteraciones capaces de contribuir al desorden general.

Riñones de un color blanquizco y la sustancia cortical de ellos en un estado de reblandecimiento.

S. M. I. padecía desde su infancia de incomodidad en los riñones, y acusaba emisiones de orina con arenas y algunas veces con sangre. Segun yo pude observar, desde el año 1828 arrojaba S. M. gran cantidad de arenas y algunos cálculos, siendo acometido de ataques nefríticos cuando estos descendian desde los riñones á la vejiga. En el viage á la provincia de Minas-Geraes, en que tuve la honra de acompañar á S. M. I. en fines del año 1830, padeció siempre y por espacio de mas de trece meses inflamacion de riñones con emisiones de sangre, á veces casi pura, y durante este viage S. M. lanzó tres pequeñas piedras. Desde entonces lo pasaba algo mejor con respecto á los riñones; pero siempre con alguna incomodidad. ¿Qué mucho, pues que se hallasen los riñones alterados en su color y reblandecidos, con una piedra en el izquierdo?

Para dar lugar á que se hiciese el retrato de S. M. I. no se examinó su cerebro hasta las ocho de la noche del dia de la autopsia. Despues, los mismos cirujanos que embalsamaron el cadaver abrieron el cráneo, y no hallaron ninguna alteracion morbosa ni en las membranas, ni en la masa encefálica, ni en el cerebelo, lo que era de presumir á vista de la perfecta integridad de funciones intelectuales de que gozó S. M. I. hasta pocos momentos antes de su muerte. No fueron examinadas la costillas fracturadas en otro tiempo, y por esta razon nada puedo decir respecto á su estado. S. M. I. sufrió en los últimos dias de su vida una fuerte inflamacion de la articulacion coxofemoral derecha, en cuyo parage fue muy maltratado por la caída que dió en 1829.

S. M. I., el creador del imperio del Brasil, el que dió la libertad á los pueblos de dos hemisferios, el restaurador de la de Portugal, vivió muy poco para nuestro amparo, para la conciliacion de Europa y para la felicidad del mundo. Su preciosa vida no podia durar combatida por tantas y tan graves molestias; y asi es que en el apogeo de su gloria y de su reputacion militar y política, grande, humano, generoso, resignado y religioso, murió víctima de sus continuos y prodigiosos esfuerzos por la prosperidad general. Ofrecámosle al menos nuestras lágrimas y eterno dolor. Palacio de las Necesidades, 28 de Setiembre de 1833.—Juan Fernandez Taváres, primer médico de la Real cámara.

ESTADO SANITARIO DE MADRID.

A fin de evitar que se alarme al público sin motivo, como sucede muchos dias, publicamos el siguiente estado sanitario de esta capital correspondiente á los enfermos coéricos en los dias que se expresan.

Días.	Invalidos.	Curados.	Muertos.	Existentes.
14	5	3	1	36
15	4	2	1	37
16	0	3	1	33
17	0	1	1	31
18	2	4	1	29
19	0	7	0	22
20	0	6	2	14
21	2	3	0	13

El encargado de la redaccion,
Mariano Delgrás.

MADRID: IMPRENTA DE FUERTES Y COMPAÑIA.